

Nomika Zion, Kol Ajér – “Una voz distinta”, “La pantalla dividida del alma en Sderot”, 24.7.2025

Introducción

Hoy tenemos con nosotras a Naomi, Nomika Zion, quien desde hace años busca no normalizar las guerras recurrentes contra Gaza, entre otras cosas como integrante de *Kol Ajér* (“Una voz distinta”), desde Sderot y las comunidades cercanas a la Franja. Nomika, gracias por acompañarnos.

Conferencia

Gracias al equipo que me invitó. Y quiero aclarar algo desde el principio: yo no soy investigadora de Gaza, soy su vecina. He sido activista política toda mi vida. Les hablo desde ese lugar, desde las entrañas de un corazón que sangra. Escribí estas palabras no solo para ajustarme al tiempo limitado, sino también porque estos temas me desbordan.

Vivir hoy en Sderot es vivir con una pantalla partida en el alma. De un lado, la necesidad intensa de aferrarse a la rutina: hay un horario, hay trabajo, hay tareas que cumplir, pequeñas alegrías de lo cotidiano. Al fin y al cabo, regresamos aquí para vivir. Del otro lado, la banda sonora paralizante de la guerra, de la que no hay escapatoria. Está presente todo el tiempo, como una quemadura que no se apaga. Gaza es triturada las veinticuatro horas del día, y las casas de Sderot y de las comunidades fronterizas tiemblan con la fuerza de las explosiones — entre semana, los sábados y durante las fiestas. Las infraestructuras del “terror” que se bombardean de noche aparecen al amanecer convertidas en bebés con miembros arrancados, en niños rescatados durante horas de entre los escombros de sus casas que no logran sobrevivir al día.

¿Qué hacer con todo esto? ¿Cómo se puede vivir con esta pantalla partida en el alma? ¿Cómo lidiar con esa batalla interna tan terca, entre aferrarse a los últimos restos de humanidad o rendirse al corazón endurecido; entre la obligación moral de mirar y escuchar, y la tentación tan seductora de taparse los oídos?

En 2008, después de siete años desgarradores bajo los cohetes Qassam, un grupo de nosotras y nosotros, residentes de Sderot y de las comunidades de la frontera con Gaza, fundamos *Kol Ajér* (“Una voz distinta”). Fue un llamado político a resolver el conflicto sangriento únicamente por vías no violentas y mediante acuerdos de largo plazo, y al mismo tiempo a tender la mano y abrir un canal humano de diálogo con quienes viven al otro lado de la valla. Las amistades y vínculos profundos que fuimos construyendo a lo largo de los años con habitantes de Gaza resistieron la prueba de guerras y escaladas. Nadie puede asustarnos con la afirmación escalofriante de que “no hay inocentes en Gaza.” Nosotras y nosotros conocemos a decenas, si no a cientos, de gazatíes que anhelan la paz, que nos expresaron empatía en cada escalada, y algunas y algunos pagaron precios altísimos por haber decidido mantener el contacto con nosotros.

En 2014, durante la operación “Margen Protector,” nos plantamos en el centro de Sderot con carteles que pedían terminar la guerra y abrir un diálogo. A último momento, la policía logró rescatarnos de un linchamiento por parte de residentes enfurecidos. En 2015 y 2016, permanecemos dos años en el cruce de Yad Mordejai, llamando la atención sobre Gaza, asfixiada bajo el bloqueo, con apenas tres horas de electricidad al día y escasez de agua potable. Las palabras no alcanzan para describir la violencia continua que vivimos allí. En 2021, tomé parte en la organización de una gran conferencia por la paz en Sderot, un proyecto en el que trabajamos durante meses. A la actividad se había invitado a un pediatra árabe para que hablara sobre la dura situación de las niñas y niños en Gaza. El rumor se propagó de inmediato. Nos expulsaron de la ciudad, humillados públicamente. Todos los intentos de alzar una voz distinta y de exigir una solución política fracasaron — y finalmente nos llevaron al encuentro monstruoso con el mal desenfrenado del 7 de octubre.

Pero ese mal no surgió del mar, ni está grabado en el ADN de todo un pueblo. Es producto de la desesperación, del desplazamiento, de la represión brutal, del cerco y los bloqueos continuos, de la

falta de salida alguna y de la ausencia del más mínimo atisbo de esperanza por una vida distinta. Sí, existe un contexto histórico. No tenemos el privilegio de borrarlo para sostener una narrativa unilateral de victimización. Y, sin embargo, la sociedad israelí —que decidió conscientemente convertir la guerra en una forma de vida y la ocupación en una segunda naturaleza— se encuentra ahora atrapada en una psicosis de matar y destruir sin límites, que alcanza proporciones distópicas. Tomará décadas procesar, investigar y comprender la magnitud de los horrores infligidos —y que se infligen diariamente— en Gaza. En el último año, Israel también ha estado exportando esta “Gaza acelerada” hacia Cisjordania.

Como escribió una vez la poeta Yona Wallach: “Jonathan, Jonathan — más sangre, sólo un poco más de sangre con la miel.” Ante nosotros están todos los elementos característicos de los capítulos más oscuros de la historia: represión, negación, ceguera, el silencio aplastante de la mayoría, la indiferencia, la anestesia de los sentidos, o, al contrario, la arrogancia maligna y la intoxicación con el poder. “Judíos felices quemando aldeas” fue en verdad el lema de un grupo de WhatsApp de extremistas judíos, blanqueado bajo el nombre de “Hilltop Youth”. Algún día, todo esto exigirá rendir cuentas. Mientras tanto, los bombardeos inimaginables sobre Gaza las 24 horas del día, los siete días de la semana, sacuden las casas de Sderot y la franja fronteriza, trastornan la mente y profundizan la ansiedad por el destino de los rehenes abandonados, por los soldados que sacrifican sus vidas en una guerra inútil, y por la horrible pregunta diaria: ¿cuál es hoy la cuota de bebés, niños y civiles gazatíes inocentes que deben morir?

Y trato de ordenar mis ideas y de darle sentido a este “síndrome bipolar” que vivimos. ¿Cómo conviven, en una sola sociedad, expresiones sublimes de solidaridad, fortaleza de espíritu, sensibilidad, apoyo, generosidad sin límites y un heroísmo colectivo —tan evidente desde el 7 de octubre— junto a una insensibilidad absoluta hacia quienes están al otro lado de la valla?

¿Qué le ocurre a una sociedad adicta a una guerra de venganza sin frenos, que nunca se sacia? ¿Qué le ocurre a una sociedad que es incapaz de levantar la mirada y reconocer el sufrimiento ajeno?

¿Qué le ocurre a una sociedad que hace años perdió la capacidad de empatía? ¿Cuánto de anómalo hay en una sociedad en la que la palabra “paz” provoca más miedo que la perspectiva de otra guerra, y el anhelo de paz se etiqueta inmediatamente como traición? ¿Cuánto de anómalo hay en la frase “siempre podremos volver a luchar”? Como si nada fuera más natural en el mundo que volver a luchar. ¿Cuánto de anómalo hay en una sociedad golpeada por la pérdida y el dolor, cuya pregunta central del día a día es cómo reclutar más fuerza humana y carne de cañón para las próximas guerras, en lugar de invertir todo su esfuerzo en preguntarse cómo prevenir la siguiente guerra?

¿Y cómo puede una idea absurda e inconcebible —como una segunda Nakba para dos millones de personas— convertirse, de la noche a la mañana, en una propuesta legítima y “natural”, un “plan estratégico” respaldado por encuestas de opinión? ¿Y dónde están quienes griten: “¡Detengan este discurso enfermo, ahora!”?

Y luego, el plan surrealista de la llamada “ciudad humanitaria”. Esto literalmente quema el alma. Porque debemos elegir qué tipo de sociedad queremos ser: ¿una que escriba Mein Kampf —por usar la metáfora de Wisława Szymborska— o una que escriba Winnie the Pooh? Una sociedad que despoja a otros de su humanidad, al final, terminará despojándose a sí misma de la propia. ¿Y entonces, qué nos quedará?

“Lo inimaginable simplemente existe”, escribió el poeta Israel Eliraz. Sí, lo inimaginable simplemente existe. Y, por ello, todo lo que queda para quienes todavía creen que aquí es posible vivir otra vida es luchar, resistir, resistir. Detener la banalidad del mal que nos ha envuelto durante tantos años, impedir el próximo “Dresde gazatí”, detener esta maldita guerra, traer a los rehenes a casa, terminar con la ocupación y comenzar la labor de sanación y reconstrucción —nuestra y de nuestros vecinos. Nada nos protegerá —ni en Sderot, ni en ningún otro lugar de esta tierra— excepto el compromiso con acuerdos a largo plazo y la definición de un horizonte político, respaldado y garantizado por una coalición internacional de Estados.